



<p>SE PUBLICA UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO: UN REAL al recibir el número.</p> <p>J. CASTRO, EDITOR PROPIETARIO.</p>	<p>DIRECTOR ENRIQUE RODRIGUEZ-SOLIS, CON LA COLABORACION DE LOS PUBLICISTAS MÁS DISTINGUIDOS DEL PARTIDO.</p> <p>Administracion: Tabernillas, 9.—Madrid.</p>	<p>CADA TRIMESTRE SE REGALARA UN ELEGANTE TOMO DE UNA OBRA NUEVA de reconocida importancia y utilidad.</p>
<p>AÑO II.</p>	<p>MADRID 2 DE AGOSTO DE 1872.</p>	<p>NÚM. 25.</p>

SUMARIO.

TEXTO.—A nuestros suscritores.—El carlismo murió, por E. Rodríguez-Solis.—A el Tajo, por Roque Bárcia.—Efectos del fanatismo, por Javier Alvarez Linde.—Una ejecución en Inglaterra.—Extinción de los Almogobares, por Ulpiano Verges.—Crónica extranjera, por Luis Ricardo Foras.—Revista general, por E. Rodríguez-Solis.—Paris en América.

GRABADOS.—Madrid.—Atocha y cuartel de inválidos.—Juramento de las Cortes de Cádiz de 1810 (cuadro del Sr. Casado).—Catedral de Lima.

A NUESTROS SUSCRITORES.

La publicacion de nuestro Semanario no tuvo ni pudo tener por objeto el lucro y la ganancia, sino la propagacion de los principios que constituyen el credo republicano federal.

Deseosos de introducir algunas mejoras, anunciamos la publicacion de dos ediciones, una de *lujo* y otra *económica*; pero esta reforma parece haber herido la exquisita susceptibilidad de algunos correligionarios, que creian observar en ella alguna desigualdad.

¿Qué hacer en este caso? ¿Desistir de nuestra idea? Antes al contrario, hemos pensado realizar una empresa, que como nuestros abonados podrán ver, representa un nuevo é importante sacrificio.

En el próximo mes de Agosto y sucesivamente en cada

trimestre del año, regalaremos á los suscritores de *LA ILUSTRACION* un elegante tomo, que contendrá una obra SIEMPRE NUEVA y de reconocida importancia y conveniencia para nuestros estimados suscritores.

Como una prueba de esta verdad, la obra que regalaremos en Agosto es un importantísimo trabajo debido á la pluma del conocido escritor francés Julio Barni, y que lleva por título *Manual del republicano*, verdadera obra de instruccion y recreo para todo aquel que ansie conocer los principios democráticos y crear verdaderos y justos republicanos. Del mérito y de la utilidad de la obra que anunciamos, podrán juzgar nuestros abonados con solo leer los títulos de algunos de sus capítulos, entre los cuales citaremos los siguientes: *¿Qué es República?*—*¿Qué es Libertad?*—*¿Qué es Igualdad?*—*¿Qué es Fraternidad?*—*La virtud en la República.*—*El Sufragio universal.*—*La Instruccion pública.*—*El Municipio.*—*El Socialismo*, etc., etc.

Creemos que este pequeño obsequio que hacemos á nuestros suscritores será comprendido y estimado en lo que vale, logrando así que no llegue nunca á faltarnos su apoyo, cuando nuestro solo y único deseo es merecer su estimacion, única y sola recompensa á que aspiramos.

Para difundir aun más, si es posible, los salvadores principios de la escuela republicana federal, hemos resuelto hacer un nuevo sacrificio en beneficio del público.

Todo el que se suscriba nuevamente á nuestro periódico, recibirá la colección completa de los números publicados por la mitad de su valor, ó sean 48 números que componen el año primero, por 24 rs. Dirigirse directamente á la Administración, J. Castro, Tabernillas, núm. 8, ó bien por medio de nuestros corresponsales.

Los nuevos suscritores tienen derecho á recibir *grátis* el magnífico tomo que hemos decidido regalar cada trimestre.

A esta obra seguirán otras nuevas, así de autores españoles como extranjeros, logrando de este modo que sin desembolso de ningún género, lleguen á poseer nuestros suscritores una bella, instructiva y notable biblioteca.

EL CARLISMO MURIÓ.

«Llegó el momento en que el gran partido carlista debe convencerse de que el régimen pasado no puede volver.»

Manifiesto de Cabrera.

Un documento importantísimo, suscrito con la firma del hombre más autorizado del carlismo, acaba de ver la luz pública.

Nos referimos al manifiesto de Cabrera, firmado en Londres y reproducido por casi toda la prensa, así nacional como extranjera.

Su lectura ha venido á corroborar cuanto nosotros noble y lealmente habíamos dicho al partido carlista en nuestros artículos *Los fueros vascongados*, esto es, que el partido carlista no tiene hoy razón de ser; que el carlismo, sin base ni fundamento en que apoyarse, sin presente y sin porvenir, arrastrado por el torrente revolucionario de las nuevas ideas, ha caído en España para no volver á levantarse nunca.

Y si algún escrúpulo nos quedara, si tan solo una duda abrigara nuestra mente, el último manifiesto del general Cabrera bastaría á desvanecerla.

Lo hemos dicho, y lo repetimos hoy: **EL CARLISMO MURIÓ.**

Y conste que no somos nosotros quien lo mata, sino el más firme baluarte, el más poderoso auxiliar de la causa carlista: D. Ramon Cabrera.

Oigamos cómo destruye esa poderosa armazón en que hasta ahora había venido sosteniéndose el edificio del carlismo, y cómo á los golpes del hacha liberal va derribando hasta la última columna de aquel viejo y carcomido edificio:

«Ahora que la terminación de la guerra en Europa puede producir el restablecimiento de las monarquías tradicionales, basadas sobre el derecho de la moral universal...»

Oídlo bien, carlistas; ya no hay *derecho divino*; ya no se reconoce, y esto aun por el mismo pontífice del car-

lismo, otro derecho que el de la moral universal; pero sigamos:

«Esta es el momento en que el gran partido carlista debe convencerse de que el régimen pasado no puede volver.»

Esto mismo os dijimos nosotros en los artículos que tuvimos la honra de dedicaros; que el carlismo no podía triunfar, porque la libertad es como el ave fénix, que vuelve á renacer de sus propias cenizas.

«Y que en nuestros días no se gobiernan los pueblos con esos principios, que si dieron gran gloria á las naciones en tiempos que ya fueron, á nuestra edad sería un completo anacronismo...»

Sería un imposible, añadimos nosotros; un imposible aun más grande que cambiar el curso de los astros ó torcer la corriente de los ríos.

«Que nos separaría del resto de Europa. Rusia, Austria y Prusia son testigos de ello: estas poderosas naciones han admitido en su sistema de gobierno doctrinas en perfecta armonía con el sistema político que se practica en nuestra edad.»

Hasta aquí lo que podríamos llamar *negaciones* del general Cabrera; entremos ahora á examinar sus *afirmaciones*, y fijaos bien en ellas, carlistas honrados y leales; fijaos bien en ellas y en nuestras palabras y decidid despues, teniendo siempre presente que vais á decidir quizás de la suerte de la patria y del porvenir de vuestros hijos.

II.

Probado hasta la evidencia aun por los hombres mismos que durante treinta años empuñaron franca y resueltamente el pendón carlista y regaron con su generosa sangre los campos españoles; probado, repetimos, que el carlismo ha muerto, que la bandera blanca debe ser sustituida por otra, que vuestras antiguas tradiciones deben ceder el puesto á las nuevas ideas, el general Cabrera os da un nuevo símbolo que defender; examinándole despacio.

Este nuevo símbolo, mezcla extraña de todos, contiene en su seno en oscura y revuelta confusión la representación *política* en el gobierno, de las llamadas clases *conservadoras*, que son las que más odiaban al carlismo, y una prensa sujeta á leyes *estrictas y rigurosas*; para eso tanto valdria prohibirla, porque sin duda el general Cabrera ignora, á pesar del tiempo que lleva de residencia en la libre nación inglesa, que la prensa es una incansable viejera, una verdadera golondrina que pasa el invierno en Africa y el verano en Europa, que va y viene, exporta y trasmite la vida de un pueblo á otro, que vive la vida de la libertad y que moriría de dolor el día aciago en que se viera aprisionada.

El general Cabrera quiere unas Cortes compuestas de personas de *verdadera propiedad y responsabilidad*. Ya lo ois, carlistas, el general Cabrera quiere la centralización y el monopolio, quiere el cargo de diputado *vinculado* en unas cuantas familias; de nada sirve que vosotros hayais derramado vuestra sangre en pró de esa causa, porque si no tenéis *propiedad* no llegareis á sen-

taros jamás en los escaños del Congreso; y si esto es triste para vosotros, aún doloroso no será para aquellos en servicio de esa causa han destruido sus bienes y han empobrecido á sus hijos, al recordar que esto mismo que en cualquier otro partido sería un mérito, un servicio y una honra, es en el nuevo plan del general Cabrera una causa gravísima que os imposibilita de ser ni hacer nada en favor de aquello que con tanta abnegación y valor defendisteis, y por lo que arriesgásteis honra, porvenir, hacienda y vida?

¡Cuán cierto es que no hay desgracia mayor que la pobreza!

Quiere el general Cabrera jueces *inamovibles*; inamovibles son hoy, y el gobierno los mueve, cambia y traslada á su voluntad y antojo. Quiere una ley electoral perfecta: la perfección no estriba en la ley, Sr. Cabrera, sino en los encargados de cumplirla. Quiere un sistema de Hacienda que *acrezca los rendimientos y disminuya las contribuciones*: para esto sería preciso la forma republicana, *el gobierno del pueblo por el pueblo*; sólo entonces los rendimientos serían grandes y los gastos nulos. Quiere, en fin, un ejército que no sirva á ningún gobierno en particular, sino que sea el protector de los intereses del país. Cabrera, como buen militar, no puede olvidarse del ejército; pero debía tener presente el antiguo estudiante de Tortosa, que la historia consigna que ningún país ha gozado, goza ni gozará de libertad mientras mantenga un poderoso ejército; el militarismo absorbe el sudor de los desdichados contribuyentes; agosta las flores de la juventud; trueca en vago al hombre trabajador; perverte los más nobles instintos; rebaja la dignidad del hombre, que se ve golpeado por otro hombre que es su igual; borra el cariño á las madres, á las amantes y al hogar nativo; despierta las más terribles ambiciones; atropella todas las leyes; desprecia al pueblo de quien ha salido y al cual tiene que volver, asesina á su padre ó á su hermano, y si hoy proclama la libertad, es para destruirla mañana.

Un cargo terrible, pero justo, dirige el general Cabrera al clero, el cual vamos á transcribir, así por su importancia como por su valer:

«A los que nos objetan que la elevación de esta monarquía sería la señal de la dominación del clero, les contestaré que esta distinguida clase de la sociedad, que ha dado y está dando pruebas de virtud y de resignación ante injustas persecuciones, debe ejercer su sagrado ministerio en el templo, á la cabeza de los moribundos, practicando la caridad, y no apartarse nunca de su santa misión de paz.»

Este cargo encierra una lección que el clero español no debe olvidar: la blanca sobrepelliz no debe mancharse nunca con la sangre de un hermano; la mano que bendice no debe alzarse jamás para maldecir; la boca que pronuncia una oración no debe mancharse jamás con una blasfemia, y el brazo que conduce la sagrada cruz, no debe acariciar nunca el trabuco, ni menos esgrimir el puñal homicida.

III.

Conste, pues, que las afirmaciones políticas del general Cabrera son verdaderas negaciones; que su siste-

ma, mezcla extraña de absolutismo y democracia, de libertad y doctrinarismo, de centralización y libre cambio, de moderado y de republicano, de ayer y de hoy, de luz y tinieblas, de vida y de muerte, es un sistema monstruoso, que, sin tener las ventajas de ninguno, contiene los defectos de todos.

Carlistas, el carlismo murió, y por si algo faltaba, el general Cabrera le ha rematado con la publicación de su último manifiesto.

Carlistas, os lo dijimos ayer y os lo repetimos hoy: *sois ciegos que vais guiados por otro ciego, y él y vosotros os hundireis en el abismo.*

Catalanes y valencianos, vascos y navarros: vosotros no sois carlistas, puesto que no queréis el absolutismo, el privilegio y la tiranía; sino *fueros*, y en este caso, sois y debéis ser *federales*, porque solamente la República federal os puede devolver vuestros *usajes* y *fueros*.

Carlistas, vosotros, hombres honrados y leales, no podeis aceptar lo que Cabrera os propone, porque es la ruina, la pérdida y la muerte de la patria, y vosotros antes que *carlistas sois españoles*.

En ese sistema que Cabrera os propone, vosotros os veriais absorbidos por las clases llamadas *conservadoras*; vosotros los que habeis derramado vuestra sangre y perdido vuestra hacienda, no podeis aspirar ni *siquiera á ser diputados*; vosotros los que habeis consagrado toda una vida al carlismo, no podríais sufrir en silencio el verlo arrastrado á los pies del doctrinarismo; vosotros, en fin, que soñais con la autonomía provincial y con vuestros fueros, á tanta costa ganados y con tanta sangre defendidos, os veriais pobres y deshonrados, formando á la cola de las demás provincias, porque es sabido, y por sabido olvidado, que *siempre pierde más el que más pone*.

V.

Oid en cambio lo que os ofrece la República democrática-federal, esperanza de la patria y único porvenir de nuestra querida España:

Desaparición de esos sueldos enormes, de ese fastuoso lujo, de esas orgías, de esos tratamientos, de esos señorías, tributos, cargas y vejaciones que pesan sobre los pueblos y que absorben el trabajo de hoy y el pan de mañana.

Cada Estado federal, cada provincia y cada municipio sostiene un corto número de empleados, con un modesto sueldo, elegidos por el sufragio de todos, sujetos á la inspección de sus conciudadanos, y los cuales deben ser hijos de la provincia y conocidos por su honradez y laboriosidad.

En la República federal desaparece ese grande ejército, conservando los cuadros; se da independencia á la Iglesia para que viva como vivían los primitivos apóstoles, de la caridad, porque, como dice Jesús, *su reino no es de este mundo*; evitándole así juramentos contrarios á su conciencia; desaparecen esos altos tribunales y esos eternos expedientes, sustituyéndoles con la justicia gratuita y el jurado público.

Al desaparecer la corte desaparecen los cortesanos, y al choque de los vasos en las orgías y banquetes sucede

el golpe del martillo y el ruido del taller y de la fábrica, y desaparecen todos los privilegios. Las legislaturas ó Asambleas de los Estados satisfacen las necesidades de sus habitantes, cumplen sus deseos y truecan en fértiles campiñas y en centros de producción, en caminos canales, puertos y ciudades, los que ayer eran vastos eriales ó miserables aldeas.

Todo esto no puede hacerlo sino la República democrática-federal, *gobierno del pueblo por el pueblo*, en el que no existen monarcas, ni tiranos, ni cortesanas, sino ciudadanos libres y honrados que viven del fruto de su trabajo, que eligen libremente su municipio, su diputación y su Asamblea, cargos á que todos pueden y deben aspirar siendo morales y honrados; que exigen estrecha cuenta á todos los funcionarios de los poderes que les han confiado, poderes que son revocables en cuanto un individuo defrauda la confianza que en él han depositado sus conciudadanos.

En la República federal, asentada sobre la *Libertad*, la *Igualdad* y la *Fraternidad*, nadie tiene ambición, y mal pudiera tenerla cuando la mayoría de los cargos son gratuitos: no tiene más que un pensamiento, uno tan solo; hacer de nuestra España un pueblo, tan honrado y feliz en el interior, como querido y respetado en el exterior.

Carlistas, el carlismo murió. Elegid ahora, que no vosotros, sino los pontífices del carlismo, lo han declarado muerto; elegid ahora, que á nada ni á nadie faltais, porque ellos os han relevado de todo compromiso y sois libres, completamente libres; elegid ahora, repetimos, entre ese sistema monstruoso que os ofrece Cabrera, y en el cual os veriais absorbidos primero y anulados despues por los *conservadores* y los mal llamados *liberales*, y la República democrática-federal, que os garantiza vuestra libertad, vuestro porvenir y vuestros fueros.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

A EL TAJO.

(Desde los montes de la otra banda del río.)

I.

Permíteme que un consuelo te demande:
Préstame ¡oh Tajo! un alma poderosa,
Para arrojar un pensamiento grande
Sobre la espuma de tu línea undosa.

II.

Siendo amargo vivir, amo la vida.
Siendo tanto mi mal, amo mis males,
Y hago correr mi voz entumecida
Por esos despolblados arenales.

Al pié sentádo de árboles umbreros
Casi me consolé de mis reveses;
¡Qué floridos, qué alegres, qué frondosos
Son los hermosos campos portugueses!
De romero cercado y de tomillo
Oigo el rumor de próxima cascada.

Y de pintado amante pejarillo
La canción no aprendida ni estudiada.

Declina el sol; celajes agoreros
Entoldan el ocaso con su bruma,
Y miro entre los verdes limoneros
De blanco cisne la esponjosa pluma.

Bajo mis piés, en cóncavo sombrío,
Duerme el aura con plácido letargo,
Y sirven de corona al manto río
Las frescas vides de sarmento largo.

Y como flor que nace entre las flores,
Ó como planta que entre plantas crece,
Distingo una casita de colores,
Que un nido de palomas me parece

¡Ah! ¡Quién viviera allí con su deseo
Al amparo de cálida palmera,
Lejos de un mundo carcomido y feo
En que suspira el alma prisionera!

Mundo feudal do la justicia es crimen;
Mundo que me repugna aun desde lejos;
Osario de cadáveres que gimen;
Tumba podrida de esqueletos viejos.
Mundo que del pasado es sombra vana;
Mundo que cerca ve su última hora;

Mundo que cae, y que al caer, aplana;
Mónstruo que muere, y que al morir, devora.
Préstame tu verdor, pino copudo;
Dáme tu vida, jóven primavera.

¡Campo! ¡Templo de Dios! yo te saludo,
Y mi alma siente su niñez primera.
Aquí es más pura el aura y más suave;
Y alumbra más la luz y es más hermosa;

Y es más sonoro el arrullar del ave,
Y huele más la colorada rosa.
Y amo más, soy mejor mirando el río
Ó del monte la rústica aspereza,
Y hasta parece que me das, Dios mío,
Algo de tu misterio y tu grandeza.

III.

Miro aquí el Tajo que á las playas corre;
Allí una nave do pujante prosa;
Allí á lo lejos la moruna torre
De una bella ciudad: ¡Salve, Lisboa!

IV.

Sobre tu clara faz se precipitan
Del alto firmamento mil centellas.
Bajo tus ondas trémulas se agitan
Otra luna, otra noche, otras estrellas.

Y un mundo miro allí que baja y sube,
Cual se mira á una virgen tras un velo,
Cual un astro se ve tras una nube,
Cual se adivina á un Dios detrás de un cielo.

¡Quién sabe lo que habrá sobre ese fondo!
Exclamó contemplando tu corriente;

Y despues á mi mismo me respondo:
¡Quién sabe lo que habrá sobre mi frente!

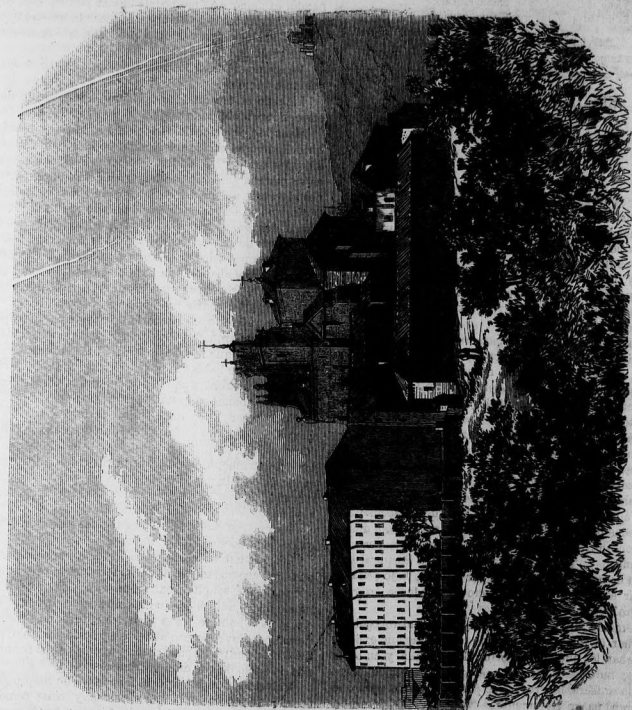
Para, Tajo; no sé qué voz me nombra;
Miro una aparición que se aproxima;
Es una sombra, formidable sombra,
Que me llena de horror y me sublima.

Y cuando al alto la mirada fijo
Mi vista hirió la antorcha de un lucero:
¡Pasa, arcano de Dios, que yo colijo!
¡Pasa, arcano de Dios, que yo venero!

V.

¿Qué génio es ese que mi afán concibe?
¿Qué génio es ese que mi afán no halla?
¿Qué génio es ese que en la estrella vive
Y en los abismos del silencio calla?
¿Quién da, Señor, su vago curso errante

Y su esfera indecisa á ese nublado,
Que parece del cielo algún gigante
O un fantasma del cielo desterrado?
¿Qué artífice trabaja en nuestra mente?
¿Quién infunde en el alma luz eterna?
¿Quién enseñó esperanza al que está ausente?
¿Quién enseñó á llorar á madre tierna?



MADRID.—ATOCHA Y CUARTEL DE INVÁLIDOS.

¿Quién da canto á inocentes ruiseñores?
¿Quién da amor á la flor en cierto modo?
Por que es diyna ley que hasta las flores
Hayan de amar donde el amor es todo.
¿Quién da espíritu y forma á cuanto existe?
¿Quién inspira la gloria del martirio?
¿Quién da á la tarde su misterio triste?
¿Quién da su casto olor al casto lirio?

¿Quién nueve (sin moverse) nuestro suelo?
¿Quién duerme (sin dormir) en dura peña?
¿Oh bosque! ¿Oh fuente! ¿Oh río! ¿Oh mar! ¿Oh cielo!
Dadme esa vida que mi vida sueña.
Dadme ese génio, esa escondida palma,
Ese arcano de Dios que aquí me nombra.
Esa sublime confusión del alma
En donde hay luz sin luz, sombra sin sombra.

VI.

Calla el sol, calla el mar, calla la tierra;
El río calla á mi ferviente anhelo;
Pero yo busco al Dios que el mundo encierra
Aunque calle la tierra y calle el cielo.
No calla el cielo, no; grave, velada,
Miro otra sombra que no tiene nombre;
Viene sedienta, herida, ensangrentada;
Es un Calvario, un crucifijo, EL HOMBRE.

ROQUE BÁRCIA.

(Se continuará.)

EFECTOS DEL FANATISMO.

(Continuación.)

III.

Vamos hoy á fijarnos especialmente en el hecho de la expulsión de los judíos y los moriscos, y en las que podemos llamar sus consecuencias anti-humanitarias.

Al aparecer el decreto de 31 de Marzo de 1492, el pueblo judío, como dijimos en nuestro artículo primero, creyó que con ofrecimientos podría evitar la catástrofe que le amenazaba, pero se convenció de que todo era inútil ante la terquedad y la intransigencia de Torquemada.

Obligados al fin á dejar para siempre la patria que tanto tiempo les había albergado, tuvieron que hacerlo con el sentimiento que era natural en hombres que, pese á los que lo contrario opinen, eran tan dignos de consideración como los españoles mismos.

Entonces, dice un historiador moderno, se ofreció un espectáculo desgarrador: días enteros pasaban los judíos en sus cementerios llorando sobre la tumba de sus abuelos, y los caminos se veían cubiertos de infinita muchedumbre que se dirigía á Portugal, á Francia ó á las ciudades de la costa para pasar á Africa, á Italia y hasta á las tierras del turco. En Fez fueron acometidos y robados por las tribus del desierto; en Italia, á donde llevaron una terrible enfermedad contagiosa, perecieron muchos de hambre y de miseria, y en Portugal hubieron de pagar ocho escudos por cabeza, bajo pena de quedar esclavos, como en efecto lo quedaron en gran número.

Clemente VII, añade el historiador, horrorizado al escuchar la relación de los fieros estragos que experimentaban los judíos en Portugal, en Italia y en otros países, movióse á tender una mano protectora sobre aquella miserable grey, y expidió una bula para que pudieran pasar libremente á vivir en sus dominios cuantos judíos hubieran abrazado por fuerza la religión cristiana, diciendo en ella que no se molestaria en lo más mínimo á los que volviesen á profesar la ley de Moisés ni se trataría de inquirir sus vidas. Confirmada la bula por Paulo III y Julio III, sucesores de Clemente, pasaron á Ancona multitud de judíos, que hallaron en el territorio de la Iglesia el puerto de salvación que en España se les había negado. Lo mismo hicieron algunos soberanos del Norte, y por todas partes llevaron los

españoles las artes, las costumbres, la literatura y el idioma que habían de immortalizar después Calderón y Cervantes.

Véase cómo el fanatismo hacía á España desconocer, no solo los más sencillos deberes de la humanidad, sino hasta sus mismos intereses materiales y morales.

Cuéntase que al saber el emperador Bayaceto, por los judíos que á su presencia llegaron, lo decretado por Fernando, exclamó: «¿Cómo podeis llamar político á un rey que así empobrece su tierra y enriquece la nuestra?»

Esta exclamación vale más que todas las consideraciones posibles.

Vengamos ahora á los moriscos, que fueron mucho más infortunados.

Llegado el día fatal no tuvieron más remedio que emprender su obligado viaje.

¡Doloroso espectáculo! La pluma se resiste á describirlo. Inmensas cabalgatas, en que se hallaban confundidos los sexos y las edades. Demacrados ancianos, que en su marcha parecían caminar hacia el sepulcro; jóvenes vigorosos abismados en la consideración de las ilusiones que se desvanecían: recatadas doncellas que vertiendo amargas lágrimas se despedían para siempre de los lugares de sus recuerdos: cariñosas madres cobijando á sus pequeñuelos, á quienes la intolerancia y el fanatismo arrancaban de sus humildes cunas; y todos dirigiendo con tristeza su vista hacia el hermoso cielo que nunca creyeron podría presenciar su desventura.

Desde que se supo el decreto de expulsión, los españoles se ensañaron con ellos de una manera extremada, hasta el punto que muchos señores tuvieron que acompañar á los que habían sido sus vasallos á fin de librarlos de todo insulto, y se cuenta del duque de Maqueda que no los abandonó hasta dejarlos en Orán.

No faltaron, dice un erudito escritor, crímenes y atropellos por parte de las muchedumbres. Los infelices moriscos, que se dirigían á los puertos de embarque al son de instrumentos, vestidos con sus trajes de fiesta y cantando los himnos religiosos que por tradición conservaban, fueron en varios puntos asaltados, robados y asesinados por cuadrillas de salteadores.

Pero no fué esto solo. Al llegar á las costas de Africa sus penalidades fueron mayores.

Los que habían conseguido llevar algunas riquezas pudieron acomodarse en aquellos territorios; pero la mayor parte, que solo llevaban su miseria, sufrieron el desprecio de los naturales, que les miraban con repugnancia, y ya el hambre, ya la peste, ya el furor de aquellos, fueron concluyendo con aquel desgraciado pueblo, que fué á morir entre las más crueles agonías en el inhumano suelo de que eran originarios.

Volvemos á repetir que el fanatismo no ha producido en todas épocas más que víctimas, y véase cómo en esta ocasión no dejaba de causar los mismos efectos.

Digamos ahora algo de la alteración que tales acontecimientos produjeron en los intereses materiales de España.

JAVIER ALVAREZ LINDE.

(Se continuará.)

UNA EJECUCION EN INGLATERRA. (1)

(FILANTROPIA INGLESA.)

«Las penas aflictivas son hijas y compañeras de la esclavitud.»
(LANKE DE PERET.)

«Las penas corporales, las penas llamadas aflictivas son el último eslabón de la larga y pesada cadena de la esclavitud, y por lo mismo se las califica con el distintivo de *servidumbre penal*.» Un siglo antes que Mr. Emile de Girardin se expresara con las palabras con que doy comienzo á este escrito, y que se leen al principio del capítulo primero de su admirable obra *Du Droit de Pénir*, el marqués César Beccaria sorprendía al siglo XVIII con su célebre libro *Dei delitti e delle pene*. Los errores y los abusos que se cometían en la jurisprudencia criminal en tiempo de Beccaria, produjeron en su espíritu la natural dolorosa impresión que en él despertaron las miserias de sus semejantes, obligándole á meditar, á solicitar el remedio á tanto mal, alzando la voz en defensa de la humanidad. La Europa sorprendida aplaudió semejante libro y bendijo tan bellísima iniciativa. Ofreciéronse medallas, premios, honores, al desconocido autor que tan valientemente se encargaba de la defensa de la personalidad humana. Su libro ha llegado hasta nosotros, y la posteridad lo leerá con admiración. Hoy Mr. Girardin continúa la obra de Beccaria. Quiera el cielo concederle mejor fortuna que á su predecesor. Buena necesidad hay de que sus doctrinas se propaguen, cuando ménos en Inglaterra.

No es de la índole de este artículo entrar en detalles sobre la historia del derecho penal, recordando los diversos pensadores que desde Beccaria hasta Girardin han dedicado su tiempo y su talento á tan interesante estudio: para tan provechoso entretenimiento, recomiendo á mis lectores el libro que acaba de publicar Mr. Emile de Girardin, *Du Droit de Pénir*.

Un interés práctico y del momento pone la pluma en mi mano, pone dolor en mi corazón, y obligame á levantar la voz para que en España se conozca LA FILANTROPIA INGLESA: esa filantropía en cuyo nombre se intenta llevar á la isla de Cuba la perturbación y la ruina.

A la lectura de lo que paso á traducir del diario la *Liberté* parecerá á los lectores de ese periódico que están leyendo una página de la historia de los siglos de barbarie: pareciera una fábula increíble que tantos y tan distinguidos escritores hayan trabajado y publicado tantos y tan admirables tratados sobre la penalidad, cuando en pleno siglo XIX y en Londres ha pasado el hecho que describe el citado periódico con estas palabras:

UNA EJECUCION EN INGLATERRA.—El reo ha recibido en la espalda desnuda 25 latigazos con el gato de nueve colas. Se llama William Ferry, su crimen consiste en

haber esperado oculto en el hueco de una puerta, en Lónlres, á las nueve de la noche, á una mujer é intentado extrangularla con sus propias manos. Llevado ante el tribunal de la policía de Borrstreet y de allí á Old-Bailey para ser juzgado, vióse condenado á siete años de servidumbre penal y 25 aplicaciones del gato de nueve colas.

William Ferry fué conducido de su prisión á la Sala de justicia, en donde ya se encontraba el gobernador de Newgate, un cirujano, dos magistrados, varios representantes de la prensa y el verdugo Calcraft.

El primer objeto que llama la atención al entrar en la sala es un instrumento de madera, cuya parte inferior parece una caja, sobre la cual se levantan dos maderos en forma de cruz. A ese aparato es al que atan los reos que se someten al suplicio del gato.

Dos guardias entran en la sala, empujan delante de ellos al condenado Ferry, desnudo de la cintura á la cabeza.

Ferry no tiene arriba de 22 años. Es pequeño de cuerpo, fornido, tiene excesivamente desarrollados sus músculos, y gruesas espaldas. Está pálido como la muerte; algunas manchas rojas hacen resaltar el pálido mate de su semblante: su mirada inquieta recorre la sala y se detiene horrorizado sobre el instrumento de tortura.

Calcraft (el verdugo) se acerca á él. No es más alto que su víctima; lleva cabello y barba blanca, y aunque comienza á envejecer, es, sin embargo, aun fuerte y robusto: su mano se agita con un temblor ligero, pero se apodera con destreza del terrible gato de nueve colas.

El verdugo procede á su tarea sin proferir una sola palabra. Apodérase de Ferry y le arroja á la máquina infernal. Este retrocede espantado, pero los guardias le agarran cada uno por un brazo, y le obligan á dar algunos pasos hacia adelante.

Ya hemos dicho que el instrumento del suplicio se compone de una especie de caja con unos maderos que tienen dos brazos transversales. La caja está dividida en dos partes iguales, de las que una, la anterior, movable por medio de una especie de barra dentada, puede levantarse y bajarse á voluntad, y la otra está fija. Como la tapa está perforada por su mitad por dos agujeros circulares, al abrirse la caja esos agujeros se transforman en dos medias lunas.

Calcraft se apresura á empujar á Ferry hacia esas dos medias lunas, en las cuales quedan perfectamente presas ambas piernas del reo, y cerrado al instante la caja, las medias lunas, juntándose, realizan el mismo efecto que el que hace la guillotina al apoderarse sujetándole del cuello del condenado á ella. El mismo mecanismo, dispuesto del mismo modo en el fondo de la caja, aprisiona las gargantas de los pies.

Ferry intenta en vano desprenderse; hace un esfuerzo, pero se siente agarrado como si lo estuviera con tenazas, lanza un rugido y se agita en la desesperación; procura con frenesí alejar con las manos al verdugo, á los guardias. Inútil.

De la caja se levanta un estante que tiene á la altura de las espaldas dos brazos, á cuyas extremidades hay dos argollas destinadas á sujetar por las muñecas los

(1) Hoy que se anuncia la próxima reunión de un Congreso internacional penitenciario, creemos de grandísima utilidad la reproducción de este artículo, sobre el cual llamamos la atención de todos los periódicos, así españoles como extranjeros, esperando que los delegados de dicho Congreso se apresuren á abolir un tormento, baldón del siglo en que vivimos, y estigma indeleble arrojado sobre la frente de la libre nación inglesa.

brazos del reo, como si estuvieran allí soldados. A pesar de sus desesperados esfuerzos, bien pronto Ferry se halla en la impotencia de mover piés ni manos, y presenta su espalda desnuda á las mordidas del látigo.

Calcraft toma de manos de uno de los guardias el terrible azote de nueve ramales, llenos de nudos, y espere.

Los magistrados se consultan con la vista, y uno de ellos, haciendo una señal con la mano, dice:

—¡Comenzad!

El verdugo avanza el pié izquierdo, echa la espalda atrás, levanta la mano derecha armada del infernal azote, y al instante cae este silbando sobre la espalda de la víctima.

Un grito sordo, prolongado, que expresa tanto la rabia impotente como el dolor, se escapa del pecho del infeliz reo; aun no ha espirado el grito en sus labios, y ya un segundo golpe mordia de nuevo en el mismo lugar.

Una convulsion hace temblar la dolorida espalda de Ferry, que lanza un rugido de bestia feroz ó imprime á todo el aparato que le sujeta violentas sacudidas. El látigo cruje de nuevo, y de nuevo se hunde en las carnes. Una línea roja, sangrienta, se dibuja en la espalda de Ferry.

Hasta entonces el dolor no había arrancado al bandido más que sonidos inarticulados. Al cuarto latigazo arrancó frases desgarradoras.

—¡Oh Dios! ¡Dios mío...! ¡Pégadme por otro lado! gritaba Ferry luchando convulsivamente y arrojando espuma por la boca.

A Calcraft no le preocupan esas súplicas, y su arma horrible cae con más fuerza sobre las espaldas del miserable. Por un momento creyóse que Ferry rompería el formidable aparato de tortura.

—¡Oh Dios! ¡Oh Dios! Excalma de nuevo en el paroxismo del dolor. ¡Me quemar! ¡Me quemar vivo...! ¡Me parte el cuerpo en dos...! ¡Piedad! ¡Tened piedad de mí y rogare á Dios por vos! ¡Ay Dios, me quemar, me mata...!

Esta horrible tortura arranca tan espantosos gritos de la víctima que el cirujano hace una señal: el verdugo se retira dos pasos de la víctima. El hombre del arte se acerca á Ferry, cuyos ojos desenfocados quieren escaparse de sus órbitas y cuyos miembros agita una convulsion terrible; le toma el pulso, le examina la espina dorsal, y volviéndose al verdugo, dice:

—Continuad.

Calcraft vuelve á su ejercicio. Ese descanso de algunos segundos ha devuelto á su brazo todo su vigor, toda su fuerza. El gato volta en el aire y cae silbando; dibújense varias líneas sangrientas sobre la espalda del paciente; cada beso del instrumento de tortura arranca un pedazo de carne.

Causa horror contemplar al desdichado Ferry; su fisonomía está espantosamente contrida, sus labios arrojan espuma, inyectados están de sangre sus ojos, destrózase los puños y los piés al hacer extremados esfuerzos con que el insensato intenta salvarse. Unas veces arrojase hacia atrás aullando, otras se destroza la frente contra la madera que le aprisiona, otras muere sus propios brazos lleno de furiosa desesperación.

Calcraft, siempre sereno, frío, grave: en brazo se le-

vanta y cae con la mecánica regularidad de un reloj.

Al vigésimo golpe, Ferry se encuentra en el próximo de la desesperación. Sus padecimientos se traducen en rugidos que no tienen ya nada de humano. Su piel se desgarrá á cada mordida del acerado azote, como si fuese de papel humedecido.

Las cuerdas de alambre del gato, detalle horroroso, se pegan unas á otras, y el verdugo se ve obligado de tiempo en tiempo á quitarle los cuajarones de sangre, haciendo pasar los alambres por entre sus dedos.

¡Espectáculo asqueroso; infernal!

A los veinticinco golpes Ferry ya no siente nada ó casi nada.

Calcraft, que parece gozarse en su espantosa ocupación, levanta de nuevo la mano, pero los magistrados gritan:

—¡Basta!

Ferry no sale de sus ataduras, le sacan exánime y cae como una masa inerte en los brazos de los guardias, que se apresuraron á llevarle á la enfermería.

La máquina se cierra. Calcraft deposita en manos de la autoridad el Gato de nueve colas y...

La justicia humana queda satisfecha.

Un testigo ocular.

EXTINCION DE LOS ALMOGÓBARES.

PARTE PRIMERA.

(Continuación.)

No obstante fuerzas tan escasas, empezó esta campaña como si tuviera un gran ejército: pasa á Machirao; toma á Germe sin resistencia; sigue á Sansi, donde quiere ahorcar al capitán de los búlgaros con doce de los principales, sin duda por alguna traición que proyectaran; los perdona por fin, y pasando por Galiana se aproxima á socorrer á Filadelfa.

El general turco le sale al encuentro con 8.000 caballos y 12.000 infantes, pensando destruirle. ¡Vana esperanza! Roger le acomete con sus leones, le acorrala y le destroza en tales términos, que solo logran huir 1.000 caballos y 500 infantes. Todo el resto fué degollado ó muerto en acción, porque no se daba cuartel. El botín fué exorbitante: tal, que hasta el último soldado de Roger vistió sedas ó grana. Los turcos intimidados abandonaron todos los fuertes que poseían en las inmediaciones de Filadelfa, y los que no, fueron tomados por asalto y exterminados sus guarniciones. Entraron por fin los almogóbares en la plaza y aquellos soldados, tan duros como el acero, lucían sus trajes de seda conquistados á los turcos con tanta vanidad como los pavos reales el vistoso plumaje de su cola.

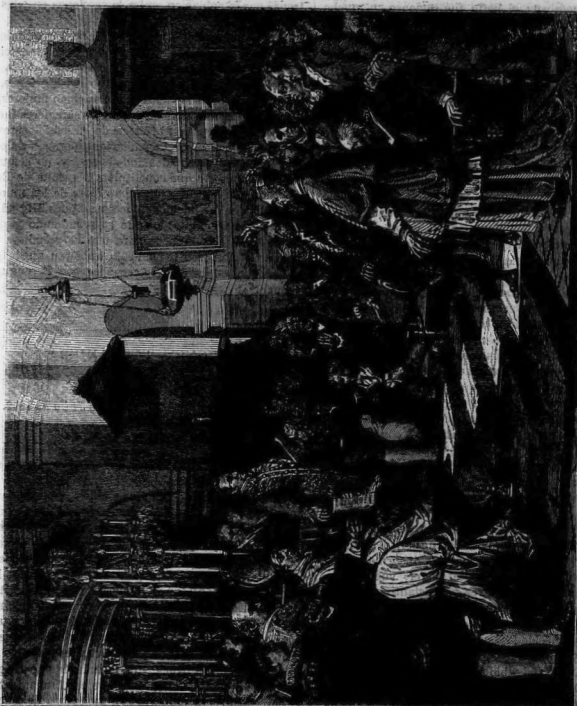
La población les recibió con el cariño que debía á sus libertadores, á los héroes que la salvaron en su agonia; y durante quince días no recibió el ejército más que pruebas de amor y de agradecimiento. La codicia, no obstante, vino á empañar el triunfo y á tornar en hostil la población carifiosa. Exacciones injustas y grandes, impuestas á la ciudad y á los pueblos de los alre-

dedores, fueron la causa: y tales eran estas, que el duque del imperio, Nactogo, tuvo que retirarse para no autorizar con su presencia tanta depredación.

De Filadelfia pasaron á Niza ó Nicea; de allí á Magnesia y de esta á Tiria, llamados por la misma. Antes de

llegar á ella, Corbaran con 200 hombres hizo retirar á las alturas de un monte á una gran multitud de turcos; pero murió de un flechazo en el combate por haberse quitado el casco.

Próximo acaso á entrar en acción Roger, recibe la



JURAMENTO DE LAS CORTES DE CÁDIZ DE 1810. (Cuadro del Sr. Casado.)

noticia de la venida de Berenguer de Rocafort con doscientos caballos y mil almogóbares, socorro precioso para un ejército tan reducido; en su consecuencia, parte á Tíeso, dando orden de que venga con sus tropas á la misma ciudad: le recibe con mucho gozo, le hace señas y le cesa con su hijo para tenerle más propicio

y para suavizar su carácter. Pasan después á la armada que estaba en Ania, y en esta ciudad los reciben de modo más brillante.

Los turcos, creyendo que Roger se había retirado, avanzan hasta esta población y talan sus campos; pero los soldados almogóbares, á pesar de haberse el gene-

ral en la armada, llenos de indignacion y sin aguardar sus órdenes, lanzan su grito de guerra: *¡Despierta, hierro!* y se arrojan con furor sobre los turcos, destrozándoles de un modo horrible. Los turcos refuerzan su ejército, pero Roger sale á su encuentro, y junto al monte Tauro se ataca y les derrota de un modo tal, que solo pudieron salvarse 4.000 caballos y 8.000 infantes, de 10.000 de los primeros y 20.000 de los segundos, que entraron en combate; el botín fué inmenso, y mucho más porque esta victoria fué seguida de otra multitud de ellas en que tambien se hicieron grandes presas. No obstante esto, las devastaciones, el saqueo y las exacciones en los pueblos libertados acompañaban como de costumbre á los almogobares.

Tenían estos en Magnesia el fruto de su rapacidad y del botín de guerra, para que estuvieran seguros, pero se les ocurrió pedir á esta poblacion caballos y dinero desde el cuartel general, y los vecinos, irritados por esta petición y excitados por Ataliole, se sublevaron, matando la guarnicion y apoderándose de los tesoros. Roger pasó á sitiaria, pero no la pudo tomar, ni le dió tiempo para ello el emperador Andrónico, que le mandó socorrer á Miguel con 1.000 infantes, y aunque Roger no quiso separarse del ejército, tuvo que retirarse con él á Galipoli, y acuartelarse en la poblacion y sus alrededores.

Irritados los almogobares por la pérdida de sus tesoros, exigen las pagas vencidas; Roger pasa á pedir las á Constantinopla; Andrónico las promete, pero no las satisface; los almogobares desconfían de Roger y se amotinaron en Galipoli; calmados por Berenguer se les satisface en parte, pero con moneda falta de peso, y de aquí surgen nuevos conflictos, porque los habitantes de Galipoli se niegan á recibirla en pago de las provisiones dadas á los soldados, y estos la hacen tomar á la fuerza.

Los genoveses por otra parte intrigan con los griegos contra el ejército y hacen que la corte desconfíe de él, en tales términos, que Berenguer de Etenza, que acababa de llegar á Constantinopla, no queria, en vista del espíritu de la poblacion, abandonar los bajeos sin rehenes para su seguridad. Por fin parece que Andrónico cede y entra en vias de arreglo, nombrando á este medagduke y César á Roger; pero Berenguer, desconfiando de los griegos, arroja al mar las insignias de su cargo y se declara independiente. Roger, vuelto á Galipoli, se niega á pasar otra vez á Constantinopla, y no pudiendo pagar completamente al ejército, Andrónico le da en feudo las provincias del Asia sin opcion á más pagas para los soldados que 30.000 escudos anuales y 120.000 modios de trigo que le fueron entregados inmediatamente. Tan sabio arreglo fué aceptado con gusto y calmó la efervescencia de los almogobares; pero Andrónico, receloso ya de las tropas y de Roger, dispuso que se quedase solamente con 5.000 hombres, y este obedeció, mandando el resto á Berenguer de Etenza y á Cícico para reforzar su guarnicion.

Entre tanto los turcos habían tomado la mayor parte de la isla Chio, á pesar de hallarse en ella Roger. Piensa reconquistarla y salir á campaña, pero antes quiere ver á Miguel Paleólogo para tomar sus órdenes, ó más bien para disipar su encono y su desconfianza; en vano María, condecorada de la perfidia griega, se opone á la vi-

sita con todas sus fuerzas; en vano hace que se opongan todos los capitanes de los almogobares, porque Roger, no queriendo dejar desconfianzas detrás de él ni personas que le embarazasen en campaña, se obstina; manda á María á Constantinopla, deja las fuerzas al mando de Rocafort, y con 1.000 infantes y 300 caballos se dirige á Andrinópolis, residencia de Miguel.

Recibido por este cordialmente, lo mismo que sus tropas por la poblacion, entra la confianza en ellos, sin prever el fin que les espera.

Estando Roger á la mesa con Miguel, George le asesina, le corta la cabeza y le hace pedazos, pareciendo victima de su confianza, de su hidalguía y de la falta de conocimiento del carácter pérfido de los griegos, que, degenerados por sus vicios y débiles como mujeres, solo podían apelar á la traicion contra los caracteres fuertes. Los soldados siguieron la suerte de su jefe: desprevistos y derramados por la poblacion, fueron cazados como conejos y asesinados indefensos, y no solamente los 1.300 hombres que constituían la escolta de Roger, sino tambien los que se hallaban fuera de los muros de Galipoli y en los pueblos inmediatos, pues Miguel, á la cabeza de un ejército, los fué sorprendiendo y dando fin de ellos, faltando poco para que sorprendiera tambien á Galipoli, con lo cual solo hubieran quedado ileos los que estaban en la escuadra con Berenguer de Etenza.

(Se continuará.)

ULPIANO VERGES.

CRÓNICA EXTRANJERA.

París 28 de Julio de 1872.

I.

El colosal empréstito de los 3.000 millones sigue siendo en Francia el acontecimiento del día.

Prepáranse todos, grandes y chicos, hombres y mujeres, ricos y pobres, á dispoñerse de cuanto puedan para comprar á la Alemania la salida de las tropas germánicas del suelo francés, ensangrentado y cercenado por las torpezas y las dilapidaciones de la pasada monarquía. Es de creer, segun las noticias recibidas hasta ahora, que la cantidad de la operacion será suscrita con un considerable exceso, vistos, no solo los ofrecimientos hechos por los principales establecimientos financieros de Francia, sino por los pedidos y proposiciones que de Londres, de Viena, de Francfort y de todos los grandes centros de la banca y de la industria se dirigen al gobierno de la República. Espérase con fundamento que el empréstito será cubierto con un exceso de cinco veces su importe.

No puedo menos de creer que ese empréstito, tan necesario al decoro y libertad de la Francia, y tan beneficioso para su crédito en el exterior, sumirá dentro de poco al pueblo francés en un desequilibrio económico de los más enmarañados, conduciéndole de un modo inevitable á la más completa ruina de su comercio y de su industria.

Tales serán las consecuencias mediatas de la monar-

guía. Las inmediatas todo el mundo las ha presenciado ya: sangre y lágrimas, muerte y desolación!

Mentira parece, á todos aquellos que creemos aun en el sentimiento de la dignidad humana, que tras tantas desgracias y próximos á la miseria más espantosa haya seres en esta tierra que afronten sin sonrojarse la luz del día después de darse á conocer como partidarios del pasado régimen político.

Parece una ilusión, pero es una vergonzosa realidad: *Aun hay bonapartistas en la Francia.*

Dos días hace practicó la policía un reconocimiento en la casa núm. 146 de la calle de Montmartre, en donde se encontraron de cincuenta á sesenta mil folletos, y un número considerable de pasquines y manifiestos iguales á los que de algún tiempo acá circulaban entre el ejército, y que no tienen más objeto que hacer propaganda á favor de la restauración de Napoleón III.

Yo no sé si tal acontecimiento podrá realizarse mientras en Francia exista un hombre de honor; lo que sí sé y puedo afirmar con toda seguridad, que si los Bonapartes vuelven al poder, esta nación será indigna de regenerarse á los ojos del universo, demostrando que ha caído para siempre en la más inveterada prostitución social.

Al propio tiempo traslúcese do quiera el malestar de las clases trabajadoras, y comienzan á notarse importantes movimientos de tropas para tratar de reprimir las coaliciones y huelgas, que han llegado á ser el estado normal de los grandes centros industriales de los departamentos del Norte, y bien podemos exclamar como Sparrafucile: *La tempesta è vicina.*

II.

La Alemania se ofrece actualmente á los ojos del observador como un vasto montón de combustibles, en el cual comienzan á traslucirse las primeras chispas de un gran incendio.

Todo hace entrever que las convulsiones de la Europa central no se harán esperar largo tiempo.

Mientras son esperadas las consecuencias de las promesas y planes de Bismark contra las órdenes religiosas, el partido *pietista*, compuesto por los ortodoxos protestantes, comienza á mirar con recelo el desenvolvimiento lógico de la situación actual. Los *nacionalistas* liberales y los burgueses doctrinarios, que empujan al gabinete de Berlín para que mortifique á los católicos, están muy lejos de simpatizar con la ortodoxia oficial.

Para ellos los *consistorios* y los *pastores* no son otra cosa que instrumentos de gobierno, de los cuales ha usado y abusado el gobierno prusiano, y que en la actualidad no tienen ya razón de ser. Bástalos para sus planes la burocracia y el ejército, y cuando los pastores se permiten discutir la consignas gubernamental, y manifestar opiniones personales sobre los dogmas que se les encarga defender, los *liberales* alemanes ponen el grito en el cielo clamando contra tales extralimitaciones, y dicen que para evitarlas ya es tiempo de separar la Iglesia del Estado.

Tales tendencias no son ciertamente tranquilizadoras.

ras para el protestantismo oficial. Los *ministros del evangelio prusiano* conocen que la separación de la Iglesia y del Estado anularía en gran parte su influencia y su poder, y por esto se ve que empiezan á compadecer la suerte de los jesuitas y órdenes católicas, asegurando que las tendencias de Bismark tienden á la *deschristianización* de la sociedad. Al propio tiempo tratan de influir por todos los medios sobre el ánimo del emperador, haciéndole ver que, adelantando un paso más en el camino trazado por Bismark, se favorecerían los planes de los revolucionarios socialistas.

La corte de Berlín, que, por su parte, detesta hondamente al racionalismo y á los libre-pensadores, oye con satisfacción las sugerencias de la ortodoxia protestante. Las vacilaciones del gobierno en el asunto del obispo d'Ermeland, prueban que el emperador teme dar un golpe decisivo é irrevocable, que sería la señal de una lucha abierta entre la jerarquía católica y el poder civil.

Todo esto hace creer á los demócratas socialistas que las bravatas de Bismark no quieren sino establecer un precedente legislativo que le permita tratar del mismo modo cuando le convenga á las asociaciones de obreros, tan importantes y numerosas en Alemania.

El campeón de las doctrinas republicanas, Bebel, afirma en su diario *Volksstaat*, que el gobierno concluirá por arreglarse con la Iglesia, y que se realizará la concordia entre ambos poderes, con perjuicio grandísimo de los socialistas. Cree aquel propagandista que la autoridad obrará enérgicamente contra la democracia, al paso que con un poquito de buena voluntad por ambas partes, el despotismo secular y el despotismo religioso conseguirán restablecer su antigua alianza.

Separándome del parecer del infatigable Bebel, creo que el deseo de Bismark sería realizar esta alianza, pero á condición de que la Iglesia se sometiese al Estado. Pero como el conflicto político-religioso de la Alemania no consiste en una lucha de principios sino de dominación, es cosa fuera de duda que la Iglesia católica jamás aceptará el papel secundario que Bismark quisiera concederle.

Este, que es uno de los hombres más enérgicos y más indomables de la democracia alemana, á pesar de su carácter de diputado, ha sido condenado á nueve meses de prisión y caducidad de su mandato legislativo, por el delito de *ofensa á la majestad real*.

Bebel se ha constituido él mismo en prision, y acto continuo ha lanzado una valiente proclama á sus electores participándoles que desde la mazmorra se presentaba nuevamente candidato.

La magnífica proclama de Bebel termina con estas palabras: «Estad persuadidos de que los castigos y persecuciones no me han debilitado. Es necesario continuar con perseverancia la lucha emprendida por todos los medios que estén á nuestro alcance. Dadme estos medios con vuestros sufragios y combatiré en el porvenir como lo he hecho hasta ahora. Vendrá día en que suene nuestra hora.»

Nadie duda en Alemania que Bebel sea reelegido, y esta reelección será prueba del vigor con que se apresan al combate los enemigos de la monarquía prusiana.

Si, no hay que negarlo; el movimiento democrático

y socialista progresa incontestablemente en el territorio alemán.

Para conjurar este peligro, Prusia quiere buscar un derivativo en las cuestiones internacionales, y tal vez

sea preludio de una nueva conflagración la entrevista fijada en Berlín entre los dos emperadores alemanes. Asistan ó no á la conferencia los ministros Andrassy y Bismark, es evidente que la conversacion que se epta-



CATEDRAL DE LIMA.

ble será la continuacion y confirmacion del programa de Casteln, y es casi seguro que el Austria será una vez más la víctima de la política prusiana. El emperador Guillermo deslumbrará con habilidad al emperador Francisco José, pintándole las futuras glorias del Aus-

tria como centinela avanzado de la civilizacion alemana en el Danubio, al propio tiempo que la Prusia le escamoteará su herencia germánica, moralmente primero, y materialmente despues.

III.

El Austria sigue en su trabajo de unificación constitucional; pero este trabajo no puede terminar jamás en una monarquía tan abigarrada como la austriaca.

Todas las nacionalidades sometidas al cetro de Habsburgo trabajan incesantemente por su descentralización administrativa y constitucional, considerándola como el primer paso que en el porvenir debe conducir a las confederaciones eslavas y germánicas de la Europa central.

En Croacia, las disposiciones conciliadoras que ha mostrado el partido nacional en la discusión del mensaje han dado por resultado la división más completa del partido llamado *unionista*. A pesar de la moderación que ha demostrado la Dieta croata con respecto al gabinete de Pesh, su mensaje sostiene los puntos esenciales del programa nacional, y sobre todo con respecto a la Dalmacia. Para los *nacionalistas* croatas este país nunca ha dejado de pertenecer al reino *tri-unitario*, aun cuando la Constitución de 1867 haya unido la Dalmacia a la Cisleithania.

Todos los mensajes de la Dieta de Agram y los del Parlamento de Pesh consignan la necesidad de restablecer la unión de la Dalmacia y la Croacia, cuestión en que se hallan conformes croatas y magyares. Para ellos no será completa la reorganización del reino de San Esteban mientras que todos los países pertenecientes antiguamente a la Corona de Hungría no entren en el núcleo de una representación común.

Por otra parte, la Cisleithania no quiere renunciar a una provincia que le proporciona un vasto litoral y una población de marinos.

Hé aquí, pues, el origen de una cuestión que en el porvenir puede cortar las buenas relaciones entre Viena y Pesh por el conflicto de los intereses alemanes con los intereses húngaros. De tales conflictos surgiría la descomposición y ruina del imperio austriaco, pues no dejarían de aprovechar la hora de la emancipación pueblos tan vejados como los bohemios, y otros que luchan con la atmósfera de despotismo con que les oprimen los sucesores de María Teresa.

IV.

Hace días ha corrido un absurdo rumor de agitaciones en Rusia, afirmando que se había descubierto una conspiración de la nobleza para obtener del czar una Constitución liberal. Se llegó hasta a afirmar que el hijo del emperador estaba en connivencia con los conspiradores.

Aparte de la exageración de tal noticia, es lo cierto que existen en Rusia muchísimas asociaciones secretas, y que el deseo de entrar en el movimiento europeo manifestábase con insistencia entre las clases instruidas y hasta entre la misma aristocracia.

Pero también es indiscutible que el czar ha hecho más por la libertad que los mismos rusos que la disfrutaban, puesto que, guiado por el inmortal Nicolás Milutine, con una sola plumada emancipó a los siervos.

Toda la actividad de la Rusia concéntrase hoy en los preparativos de una guerra inminente. Nadie sabe a ciencia cierta por qué ni por dónde vendrá la lu-

cha, pero el imperio moscovita no se duerme: fortifica sus puertos del Báltico, puebla con poderosas escuadras el mar Negro, concentra moles inmensas de soldados en sus fronteras, y el general Fajedeff acaba de dirigir al ministro de la Guerra del emperador Alejandro una importante *Memoria* sobre los recursos colosales de la Rusia.

En ella prueba con datos matemáticos que todos los sacrificios de hombres y dinero que pudiera hacer la Alemania no serían bastantes para conseguir una probabilidad siquiera de victoria sobre el ejército ruso.

Entre otras cosas de importancia dice el general Fajedeff que la Rusia posee con exceso 20.000.000 de caballos, ó sea diez veces más que la Alemania, y en vista de estas cifras propone la creación de un cuerpo de caballería compuesto de 300.000 tiradores. Añade que con solo esta masa de caballos y soldados, que sería un simple regimiento del ejército colosal, se compromete a asegurar la supremacía militar de Europa.

Ahora bien; cuando de tales cosas se trata y en tales preparativos se ocupan los monarcas, no es ciertamente lógico dar seguridades de paz.

V.

Las noticias de Suecia, Noruega y Dinamarca no dejan de ofrecer interés.

Hace pocos días que el partido que trabaja para la unificación de los tres reinos ha querido preparar el terreno reuniendo un Congreso económico en Copenhague, que no ha dado sin embargo otro resultado práctico que recomendar la adopción del sistema métrico para las pesas y medidas.

VI.

La Cámara de los Comunes de Inglaterra se ocupa de la conducta del juez Keogh, quien ha tenido el valor de tratar como merecían a los obispos y curas papistas que trataron de ejercer su ilegal influencia en las elecciones. Mr. Butt, diputado por Dublin, ha pedido un voto de censura contra el juez, que seguramente ha de salir triunfante. Según un telegrama de Roma al *Daily-News*, el papa ha ordenado a los obispos ingleses que por medio de *pastorales* censuren al gobierno por perseguir a los curas comprometidos en las elecciones de Galway. ¡Justo castigo a las contemplaciones de Mr. Gladstone con los clericales!

Lo cierto es que los separatistas irlandeses han convenido en que los llamados *curas nacionales* no son sino *esbirros espirituales* del gabinete de Londres.

VII.

La *Opinione* de Italia cierra contra los clericales y dice que es preciso terminar la cuestión de las órdenes religiosas, garantizando la administración pública de los ataques de un partido que vive dentro del Estado sin reconocer su legítima autoridad.

VIII.

En Grecia el gabinete Bulgaris ha presentado su dimisión,

Deligeorgis está encargado de formar ministerio.

LUIS RICARDO PENA.

REVISTA GENERAL.

La insurrección carlista loca á su término; á la derrota de Triana ha seguido la de Sabale; de Vich le escriben á *La Esperanza* confirmando la derrota de Castells, cuya partida, de cerca de 1.000 hombres, quedó deshecha huyendo de las tropas; asegurase por el periódico *La Imprensa*, de Barcelona, que el ex-diputado Sr. Vidal y Llobet ha fallecido á consecuencia de las heridas que recibió en un encuentro que tuvieron los carlistas cerca de San Hilario. Si á esto se agrega que la partida de Suarez ha sido completamente batida, y dispersada el día 23 en las montañas de Entrinno (Orense), y las continuas presentaciones á indulto, se verá con cuánta razón hemos dicho, y repetimos, que el levantamiento carlista puede darse por terminado.

Según *El Imparcial*, el duque de Madrid ha ordenado el retraimiento á los carlistas en la próxima lucha electoral.

El partido carlista obra perfectamente y es consecuente consigo mismo: si los votos de las oposiciones reunidas no pueden derribar un gabinete porque este siempre tiene mayoría; si los diputados ministeriales reconocen que los discursos de Castelar y Pi son eloquentísimos, y sin embargo, por más convencidos que estén no votan nunca con los que tienen razón y defienden los intereses del país, sino con el gobierno que les compra y paga su voto; si, en fin, aun suponiendo que las oposiciones todas reunidas lleguen á derrotar al gobierno, el jefe del Estado, sobreponiéndose á la voluntad del país, de quien son representantes, desmentía los votos republicanos y carlistas, y disuelve las Cortes, ¿qué significan, qué valen y qué son los diputados carlistas y republicanos en el Congreso? Unos verdaderos comparsas en la farsa monárquica que aquí se viene representando para ruina del país y deshonra de todos.

Felicitemos sinceramente á los carlistas por su dignísima actitud en tan importante cuestión.

Sospecha un colega que la amistad entre republicanos y radicales empieza á enfriarse á consecuencia de las elecciones.

Al leer el último escrito del Directorio, en que tantas prevenciones se hacen y en que tantos temores se expresan, hemos sospechado que hay algo.

Nosotros fuimos los primeros en advertir á nuestros amigos de los manifiestos electorales del gobierno publicando las noticias dadas por *El Debate*, en apoyo de nuestras prevenciones ha venido después el comunicado del ex-diputado Sr. Alarcón, denunciando multitud de abusos en Granada; las cartas de los republicanos de Huesca afirmando que si antes eran pasto de la voracidad presupuestaria de los señores Coll-Monca y Bayona, hoy lo son del diputado *fusilero* de las Cortes del 54 D. Manuel Leon Monca; las noticias de no haberse repuesto los ayuntamientos de la provincia de Barcelona y otras, y la destitución anunciada por varios colegas de algunos municipios.

Y esto no son más que *preludios*, porque cuando la hora llega, tales cosas hemos de ver, que los partidarios de la lucha electoral han de daros la razón: los empujamos para ese día.

Un periódico ha dicho que en esta situación todo es *farsa*.

Nosotros creemos, con permiso del colega, que en esta situación todo es *mentira*.

Mentira el liberalismo de Córdova y el patriotismo de Zorrilla.

Mentira las vivas á D. Amadeo.

Mentira la popularidad de los radicales.

Mentira la abolición de quintas.

Mentira el establecimiento del jurado.

Mentira las economías, pues á los radicales estaba reservada la gloria de crear la *Deuda pública* en nuestra hermosa Cuba.

Mentira sus alardes de imparcialidad en las elecciones.

Solo una cosa es *verdad*, la mentira en esta situación ridícula y desprestigiada, la lucha interior que consume al ministerio; la crisis latente que dentro del gabinete sostiene el elemento cimbrio y su jefe el *plebeyo envidioso* Sr. Martos contra el elemento progresista; lucha que ha subido de punto con la cuestión electoral, pues los cambios exigen tantos distritos como los progresistas.

Aj que, mientras *La Independencia Española* habla de un proyecto que *bule* en la mente del Sr. Zorrilla, que no es la proclamación de la República, ni la continuación del gabinete radical, y que algunos creen es la tantas veces anunciada reconciliación de Sagasta y Zorrilla, merced á altas insinuaciones, el Sr. Martos, que es un político muy largo, sueña con suplantár á Zorrilla y quedarse con la jefatura, no solo del gabinete, sino del partido radical; nosotros nada sabemos, y repetimos con el poeta:

Esto se asegura,
esto se murmura
por la vecindad.

No ha dejado de llamar la atención la actitud en que la prensa conservadora se ha colocado estos días; *El Diario Español*, después de publicar aquel célebre artículo (remítelo) en que se decía que la dinastía de Saboya había muerto en el corazón de los conservadores, ha llegado á decir que no veía otra solución al estado á que habíamos llegado, que el establecimiento de la República; *La Época*, aceptando dicha opinión, añade que la República es el gobierno del país por el país y ningún sentimiento honrado ofende cuando no degenera en anarquía y en disolución social.

Sin duda la República que esos dioses quieren es la República conservadora, aquella República en que, según el periódico *La Tribuna*, se confiera la presidencia al Sr. Ruiz Zorrilla, por su libre voluntad, sin que el país ni los republicanos intervinieran con su voto para nada; en que se encargara del gabinete al Sr. Rivero, á Castelar se le enviara de embajador á Francia, y á Moret á Viena, entrando en el ministerio *embromos y republicanos*.

Bellísima sería esta *República conservadora*, si no fuera una ilusión, porque E-paña toda es federal, y esa República conservadora, habría de pasar sobre los cadáveres de todos los federales españoles.

Es objeto de grandes comentarios la reunión que ha debido verificarse en la Granja entre el general Serrano, los Sres. Ulloa, Santa Cruz, Mantilla y otros.

Los radicales se muestran bastante alarmados, y ayer me aseguró un *calamar* importante, ó como si dijéramos, de mucha tinta, que antes de no mes volverán los conservadores al poder.

Nuestros buenos amigos y correligionarios Tiburcio García Capellanes, Julian Monzon, Segundino Talavera, Faustino Martinez, Benito Manuel, Francisco Ibañez y Gerardo Riquezo, nos remiten una interesante carta, que no publicamos por falta de espacio, dirigida al ciudadano Bárcia, á quien se la hemos presentado, y por la cual les envía el testimonio más profundo de su agradecimiento.

Con verdadero y profundo sentimiento participamos á nuestros lectores el fallecimiento del ilustrado ciudadano Fermín Salvachéa, padre de nuestro querido amigo el héroe d. Cádiz; su muerte ha producido mucho pesar en aquella hermosa ciudad, y un acompañamiento que pasaba de cinco mil personas ha querido demostrar en cuánto tenía las ideas prendas del linado.

Enviamos á su desconsolado hijo, nuestro buen amigo Fermín, el testimonio del dolor que embarga nuestra alma, no solo en nuestro nombre, sino en el de todos los republicanos españoles.

Fresca aun la tinta con que damos la anterior noticia, hemos sabido el fallecimiento de nuestro amigo y compañero en la prensa el distinguido escritor Luis Rivera, director del acreditado periódico *Gil Blas*; su muerte ha sido generalmente sentida, y nosotros no vacitamos un instante en asociarnos al dolor que esta sensible pérdida ha causado.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el nuevo folleto de nuestro estimado correligionario Lafuente, cuyo anuncio encontrarán en la cuarta plana.

No puede darse mayor haradura ni mostrarse mayor deseo de complacer al público que el que demuestra la empresa del ferrocarril del Norte. En los días 3 y 7 del corriente se irán de Madrid á las doce del día, el octavo y noveno, trenes especiales con destino á San Sebastián, Bilbao y Santander.

Estos trenes llevan coches de 2.^a y 3.^a, á los precios, día y vuelta, de 116 y 129 rs.; son valdeiros por treinta días y conceden la facultad de detenerse á la ida en Miranda, Vitoria, Zamarraga, Bessan, Tolosa, Caldas, Torreaveja, Iruñedo y Búo.

Si á este unimos los *Trenes de Recreo* que parten de Madrid todos los miércoles y sábados, y cuyos precios son 160 rs. en segunda y 120 en tercera, día y vuelta, tendremos que no habrá individuo ni familia que á tan poca costa no pueda respirar las frescas brisas del cantabrino, admirar á famosa catedral de San Sebastián, la magnífica playa del *Sardinero*, ó los encantadores baños de las Arenas (Bilbao), Sautance y Algorta.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LABAYOS, calle de la Cabeza, 27.